

MARÍA ZAMBRANO: VIA EXÍLICA Y EL CAMINO DE LA DEMOCRACIA

Tatjana Gajic

University of Pittsburgh

El objetivo de este trabajo es elucidar críticamente algunos componentes político-sociales del pensamiento de María Zambrano, a partir de su tematización del exilio. En la primera parte del trabajo expongo algunos componentes filosóficos de su teoría del exilio, que luego serán vinculados con su percepción de la crisis de la historia española y occidental. En la parte final del trabajo, analizo la propuesta zambranianiana de modificar el concepto de la democracia, reintroduciendo la noción de la "persona" en la teoría social. La democracia basada en la persona representaría una alternativa al excesivo individualismo de corte liberal, como también a un absolutismo histórico que niega la existencia de un horizonte temporal comunitario, en el que sea posible el desarrollo simultáneo del individuo y la sociedad.

Se ha definido la identidad social como la impronta de las condiciones de existencia social en la creación de diferentes formas de subjetividad, referentes a una clase social, género sexual, comunidad nacional, etc. La formación de la identidad, por lo tanto, implica una interacción entre el mundo social y el sujeto, la creación de un espacio intermedio entre la comunidad y el individuo. Fichte, por ejemplo, ha entendido la identidad nacional como resultado del proceso de formación de una "frontera interior", definida como la conciencia individual de nacionalidad, que refleja y legitima las fronteras físicas del Estado nacional¹. Al escribir sobre el concepto griego de la comunidad política, Hannah Arendt toma la frase "Wherever you go, you will be a polis", como ejemplo de la conexión mutua entre la participación en una forma de vida colectiva (la democracia) y el sentimiento interior de pertenecer a la comunidad que simboliza esa forma². A diferencia de estas dos concepciones de la identidad política y social, María Zambrano postula la condición de ser exiliada, y su producto, el exilio, como ocasión para una (auto)identificación que, por su naturaleza misma, perturba una relación mutua pre-establecida entre el individuo y la comunidad.

¹ La referencia aquí es a *Los Discursos a la nación alemana* de Fichte.

² Véase Drucilla Cornell. "Gender Hierarchy, Equality, and the Possibility of Democracy". *Transformations. Collective Imagination and Sexual Difference*, p.157.

En el artículo titulado "Amo mi exilio", publicado después de su regreso a España, Zambrano escribe: "Creo que el exilio es una dimensión esencial de la vida humana, pero al decirlo me quemo los labios, porque yo querría que no volviese a haber exiliados, sino que todos fueran seres humanos y a la par cósmicos, que no se conociera el exilio" (14)³. La experiencia de su propio exilio ("*mi exilio*") permite el planteamiento del exilio como una experiencia filosófica. A la vez, la existencia misma del exilio significa una pérdida de la posibilidad de que *todos* seamos seres humanos en un sentido universal, cósmico. En Zambrano, el exilio se configura como una experiencia histórica, es decir, experiencia creada por la historia pero vivida al margen de la historia entendida como empresa común, en cualquiera de sus formas: familia, ciudad, nación. De una manera, quizás paradójica, el exilio representa una afirmación de la importancia de la comunidad de origen, y anuncia la posibilidad de existencia en un lugar definido por un "estar fuera" de la comunidad.

Aparece, entonces, "el exiliado" como una forma de subjetividad fuera de lugar, a la que Zambrano compara con los "bobos" de Velázquez, y como producto, o más bien el *resto* de una historia que, por no tener continuación, parece no merecer el atributo de lo "histórico". Al no tener lugar propio, el único lugar del exiliado es el tiempo o la historia, pero siendo el tiempo del exilio un tiempo discontinuo, no compartido, su temporalidad se convierte en una negación de la historicidad.

En un escrito filosófico-poético que lleva como título "El exiliado", Zambrano describe el exilio como una experiencia religiosa, no en el sentido tradicional de la palabra, sino en el sentido en que, para ella, todo lo que ocurre en la historia posee un carácter sagrado⁴. La mención de la historia sagrada se retrotrae al concepto hegeliano de la historia universal. Según la interpretación zambraniana de este último concepto, a partir de Hegel, la historia universal cobra carácter sagrado precisamente porque en el mundo secularizado "lo sagrado en cuanto a tal" (31) queda suplantado de la historia y por ella⁵. Es decir, cuando la historia se convierte en el único espacio legítimo para el transcurrir de la existencia humana, a partir del momento en que el individuo gana el derecho de ciudadanía, tanto literal como figurativo, entonces la totalidad de la vida humana queda absorbida por la historia. Para Zambrano, la historia universal cubre la historia humana propiamente dicha: la vida humana como un reencuentro con el origen sagrado –el origen perdido–, universal y cósmico del ser humano. En la medida en que la historia avanza velando y cubriendo los rastros, los restos de las culturas en las que se patentizaba la conexión humana con el universo, se impone la pregunta con la que Zambrano inicia "El exiliado"; la pregunta sobre la posibilidad de aplicar el término "revelación" al exilio, ya que éste crea un espacio vivible que está, en cierto sentido, al margen de la historia. "¿Resultará excesivo este término, 'revelación', aplica-

³ "Amo mi exilio". *Las palabras del regreso*. Ed. Mercedes Gómez Blesa. Salamanca: Amaru, 1995. 13-15.

⁴ "El exiliado". *Los bienaventurados*. Madrid: Siruela, 1990. p. 29-45.

⁵ Ya en *Pensamiento y poesía en la vida española*, libro publicado en 1939 en México, Zambrano se refiere a "aquella frase de Hegel, de que toda 'Historia es historia sagrada'", y añade "yo al menos diría, toda historia es historia universal"(32).

do al exilio?", pregunta Zambrano y, a modo de respuesta, desarrolla su visión del exilio como reflejo de una universalidad humana rota por la historia, a la vez que recuerdo fugaz de una condición siempre escindida del sujeto, que "se encuentra dividido entre su simple vivir terrestre y su origen". Las condiciones de ser exiliada *de* (la patria) y *en* (la historia) se funden constantemente en la postura zambranianiana hacia el exilio: "La historia universal se ha establecido a costa del hombre universal, del ser hijo del universo. Exilio ya, pues; exilio *del* universo, confinamiento *en* la Historia Universal a la que Hegel tuvo que conferir el ser sagrada toda ella, al ser abolido... lo sagrado en cuanto a tal"(31, mi énfasis).

Al escribir sobre el exilio, Zambrano entreteje la historia de *su* exilio, con la del exilio republicano español de 1939, e incorpora esas dos tramas históricas a una búsqueda de las raíces filosófico-religiosas del exilio como condición universal, cósmica: síntoma de una separación de la historia propiamente humana de su origen o sustrato sagrado, que permanece latente tanto en la vida personal como en la colectiva. Por su doble estatus de una "figura [filosófica] esencial"⁶, a la vez que un sujeto histórico, "el exiliado" zambranianiano participa de las paradojas de su exilio, *del* exilio en cuanto un producto *necesario* de la historia que progresa preservando el pasado como tal pasado, es decir, borrándolo como algo que todavía pasa.

El intento de repensar el pasado histórico, fuera del marco tradicionalista que lo fosiliza, o el paradigma revolucionario o progresista que lo instrumentaliza, ha sido una constante en la obra de Zambrano. En una de sus formulaciones que podría parecer un simple juego de palabras, Zambrano apunta que "el pasado es lo que pasa", es decir, no se queda inmovilizado en una especie de pesadilla histórica, ni deja de pasar, desapareciendo bajo el manto del olvido. A riesgo de seguir demasiado de cerca el juego lingüístico zambranianiano, me dispongo a escribir que, para ella, el pasado histórico marcha al compás de los pasos del exiliado. El exilio, que ella diferencia del destierro o el refugio, no se mide por la distancia física de la casa o la posibilidad de encontrar un espacio seguro, un cobijo, sino por el movimiento del exiliado, movimiento que marca el límite espacio-temporal de las dos comunidades: aquella en la que se encuentra, y aquella de la que se ha ido. Al representar, no el punto del contacto, sino la falta de compatibilidad entre las dos realidades –la abandonada y la no-encontrada en la que se encuentra– el exiliado vacila entre ser sujeto de su propia experiencia ("[el] exiliado es él mismo ya su paso" (1990, 32), y el objeto del interés ajeno ("el exiliado es objeto de mirada antes que de conocimiento" (*idem*, 33). El exiliado hace visible/expone lo que ella o él ya no tiene, y lo que los demás, aquéllos que están "en su casa... su propia casa... su geografía e historia" poseen sin saber.

El exilio señala la ruptura del vínculo histórico que liga el espacio al tiempo, y los dos –espacio y tiempo entrelazados– a la existencia del sujeto histórico⁷. En su movimiento a

⁶ Moreno, Jesús, Ed. *La razón en la sombra. Antología del Pensamiento de María Zambrano*. Madrid: Siruela, 1993. p. 382.

⁷ En cuanto a la Patria como manifestación del vínculo histórico entre el espacio y el tiempo, véase la siguiente observación de Zambrano: "La Patria es *lugar de historia*" (1990, 42, mi énfasis).

través del espacio y tiempo, el exiliado zambraniano no sólo cruza varias fronteras, sino que roza el límite de la experiencia de su subjetividad histórica. Al ausentarse de la Patria, el exiliado experimenta, más bien, sufre una revelación histórica que consiste en encontrarse –habiendo perdido su Patria, su lugar de origen– sin anclaje histórico alguno. El exilio consiste en un doble movimiento: el movimiento de pérdida y el de la (anti) revelación. Lo que se pierde no es el país, ni siquiera la nación, sino la Patria, el lugar que se identifica con el origen histórico, un espacio-tiempo auroral en el que la historia personal y comunal se encuentran conectadas. Al definir la Patria como la fundación de la historia, como su *principio* en los dos sentidos de la palabra, la historia vivida en el exilio –e incluso la historia como tal– se le muestra al exiliado como un lugar ajeno. La Patria, entonces, es el lugar que genera y que es generado por la historia, y el exilio es el espacio que se caracteriza por una temporalidad desarraigada. El exilio es un espacio sin lugar y un tiempo sin historia.

Aquí, hay que notar que la pérdida de algo único y particular (la Patria), trae consigo la crisis de la noción de lo universal, de la historia como elemento definitorio de lo humano. La superposición de esos dos momentos –el descubrimiento de algo propio, único y particular, que con su presencia revela la ausencia de una totalidad capaz de abarcarlo–, puede relacionarse con lo que en *Claros de bosque* María Zambrano denomina "lo negativo del éxtasis" (1990, 12)⁸. La noción de "lo negativo del éxtasis" es lo que, en el plano psíquico, corresponde a la naturaleza discontinua del paso por el bosque: el avance errático en búsqueda de un claro que, si se encuentra, aparece como por casualidad, no buscado. Toda la descripción poética del paso por el bosque puede entenderse como una sola imagen: imagen del método del pensar zambraniano, que, como ella indica desde el principio, no es un método en el sentido usual de la palabra. En vez de ocuparse en buscar respuestas a ciertas preguntas definitorias del quehacer filosófico, el método zambraniano establece como su condición previa el "[s]uspender la pregunta que creemos constitutiva de lo humano" (*idem*). Ya que la pregunta filosófica por el ser, entiéndase el ser del Hombre, no puede responder a las preocupaciones de la vida, el método filosófico capaz de atender a estas últimas debe ser, no tanto un sistema de caminos que lleven a un destino concreto, sino una constelación de signos poéticos, huellas de un significado que pide ser buscado y descifrado. Si el método de Zambrano consiste en un descubrimiento del revés del método filosófico donde, en vez de contestar una pregunta inicial, se trata de postergar la posibilidad de encontrar una respuesta final –manteniéndose al borde del conocimiento, en lo *negativo* del éxtasis–, también podemos decir que tanto o más que un método, la Razón Poética designa un *proceso* donde la separación entre el sujeto y el objeto, el "yo" y el mundo, queda superada por la identificación del sujeto con la vida misma, gracias a la creación de una vía del conocimiento íntima, interior. No es accidental que Zambrano compare el paseo por el bosque con la trayectoria vital –y, en su caso, autobiográfica– que lleva al estudiante de aula en aula. Análogamente al paseo por el bosque, la formación intelectual aparece como un proceso discontinuo, dirigido por la escucha de una

⁸ Zambrano, M. *Claros de bosque*. Barcelona: Seix Barral, 1990. p. 12.

voz magistral que se encuentra y pierde inesperadamente. Igual que los claros, las aulas *se suceden*, una lleva a otra; sin embargo, su sucesión no es lógica, aun siendo vitalmente necesaria. El sucederse de las aulas, el caminar por el bosque, es lo que otorga coherencia a la discontinuidad por la que el mundo se asemeja al bosque. Lo importante aquí no es lo que pasa en el aula, sino cómo se llega a (pasar por) ella; en otras palabras, el método no se aprende en la escuela, sino que la vida *es* el método.

Hay un aspecto particular de este análisis sumario del método de y en el pensamiento de Zambrano que me gustaría destacar, ya que servirá a modo de transición hacia un examen de los componentes políticos de su teoría del exilio⁹. Su descripción del método muestra cómo la discontinuidad espacial y ontológica —un claro no *es* bosque aunque *está* en él— queda superada por una sucesión temporal de los claros; cómo la dualidad entre el sujeto y el objeto es superada por la unión del signifiante y significado, en el proceso del desciframiento de los signos que pueblan el bosque. En otras palabras, es la naturaleza poética de su pensamiento la que sustituye la división, históricamente heredada, entre el sujeto y el objeto, el signo y el significado; es la construcción rítmica y musical —temporal— del lenguaje poético la que asimila la espacialidad del bosque en el transcurrir de la palabra. La Razón Poética encuentra su punto de partida en la historia, llena de trágicas divisiones, pero aspira a la unidad sagrada con el mundo cuyo símbolo es la poesía. En un sentido profundo, el pensamiento de Zambrano busca una poesía *de la* historia, el origen detrás de la división.

Su representación del exilio, por otro lado, se enfoca en el conflicto entre la existencia de un origen, al que ella llama Patria, y el transcurrir de la historia. Para Zambrano, la tragedia del exiliado consiste no sólo en estar separado de su lugar de origen, sino en el hecho de experimentar *simultáneamente* el derrumbe de la historia concreta en la que había participado, y la pérdida de un lugar propio en la historia. Invirtiendo la noción de causalidad aceptada y aceptable (y aplicando en el sentido negativo el *dictum* orteguiano según el que "la función crea el órgano") Zambrano señala que al perder el objeto de sus anhelos —la creación de una nueva forma de historia comunal—, el exiliado pierde la facultad de imaginar la historia. Se convierte en "un ciego que se ha quedado sin vista por no tener adónde ir" (33). Esta determinación mutua entre la ausencia del lugar del origen y la pérdida de la visión histórica no afecta sólo a los exiliados sino también a los no-exiliados, aquéllos que quedaron en el país abandonado por los primeros.

En más de una ocasión, Zambrano se refiere al "cruel reparto" con el que se pretendió poner fin a la Guerra Civil española. En nombre de una falsa continuidad histórica, se efectuó un parcelamiento de la comunidad nacional: los supervivientes, muchos de los que quedaron sin lugar, fueron separados de los muertos, que quedaron privados del tiempo. En "Carta sobre el exilio", escrita en 1961, Zambrano subraya la parcelación del pasado nacional entre los españoles situados a los dos lados de las fronteras nacionales, el interior y el exterior:

⁹ Para una exposición del método de la Razón Poética, véase: Maillard, Chantal. *La Creación por la metáfora: Introducción a la Razón Poética*. Barcelona: Anthopos, 1992.

"Al exiliado le dejaron sin nada, al borde de la historia, solo en la vida y sin lugar; sin lugar propio. Y a ellos con lugar, pero en una historia sin antecedentes. Por tanto, sin lugar también; sin lugar histórico"(388)¹⁰.

En el momento de escribir este texto, España, para Zambrano, no era una entidad histórica, sino un "lugar 'ocupado'" (387), no sólo por Franco, sino también por los propios habitantes que, debido a razones ideológicas o generacionales, intentaban cubrir con un mismo velo de olvido la tragedia de la Guerra Civil y la existencia de los exiliados. Aun cuando se incluye a sí misma entre los exiliados que preferían el silencio a la autojustificación, Zambrano observa que si hubo alguna generosidad histórica en el trato de los exiliados españoles, ésta consistía en pedir

"que deje el exiliado el lugar donde está: *que deje de ser exiliado*. Y para ello, el único camino es volver a su patria: des-exiliarse. Sí, no es juego de palabras: des-exiliarse, que no es lo mismo que si simplemente nos dijeran 'vuelvan' o 'vengan'"(386).

¿Cuál es el sentido de esta escisión entre vivir al margen de la historia y vivir en una no-historia, una historia apócrifa, término con el que Zambrano solía referirse a la época franquista? ¿Qué tipo de diálogo pudo haberse establecido entre los españoles jóvenes de la post-guerra y los exiliados que, según Zambrano, mantenían el silencio como su única consigna histórica, la única posibilidad de quedarse a flote, náufragos en las aguas de una tragedia colectiva? ¿Cómo situar la visión zambraniana del exilio español y de la historia española como generadora del exilio, dentro de un marco más amplio de su teoría política, dominada por la noción de una democracia de raíz personalista que, a su vez, está basada en una concepción alternativa de la historia? En la base de todas estas preguntas yace implícita una doble problemática: la presencia, en la obra de Zambrano, del paradigma liberal de la historia nacional española que enfatiza la división entre una España auténtica y otra apócrifa; la posibilidad de crear una teoría de la democracia capaz de rescatar al individuo, a la persona, del círculo vicioso en el desarrollo de la historia occidental, cuyo resultado Zambrano denomina "historia sacrificial". Si se junta esta doble problemática en una misma pregunta histórico-teórica, ésta sería: ¿qué concepto de la democracia puede extraerse de la trágica visión zambraniana de la historia nacional española, visión fundada en un particular liberalismo –al que se conocía en los años treinta como "nuevo liberalismo"–, pasado por el filtro de toda una antropología filosófica?

Al desarrollar, en *Persona y democracia*¹¹, una noción de la democracia que cuestionaba los binarismos "individuo vs. sociedad", "pueblo vs. élites", "historia nacional vs. civilización occidental", se reconocen en Zambrano elementos de ciertos debates con-

¹⁰ "Carta sobre el exilio". *Razón en la sombra*. p. 381-395.

¹¹ *Persona y democracia. La historia sacrificial*. Barcelona: Anthropos, 1988.

temporáneos sobre la democracia, incluidas las críticas feministas al individualismo abstracto de la teoría liberal¹², o la noción de la "democracia radical" con la que Ernesto Laclau y Chantal Mouffe promueven una visión de la colectividad distinta tanto del particularismo excluyente, como de una universalidad abstracta¹³. Pero la crítica de Zambrano al estancamiento de la democracia occidental, escrita en una época que parecía anunciar "[el] triunfo... la victoria de las llamadas democracias" (1988,11), fue plasmada en términos de una revisión de la noción del progreso histórico del Occidente, además de abogar por una recuperación de las raíces personalistas, y no meramente individualistas, del pensamiento democrático.

Zambrano no concebía la democracia en términos de un sistema político, sino en términos de una herencia cultural, vinculada a las dos vertientes de la civilización occidental –la antigüedad clásica y el judeo-cristianismo–, con sus respectivas concepciones del individuo y la historia. Además de basarse en un esquema del desarrollo histórico de la civilización occidental, la teoría zambraniana de la democracia depende del concepto de la temporalidad, entendida como constelación de distintas dimensiones temporales (pasado, presente, futuro) en un mismo momento histórico. El choque recurrente entre la historia y las distintas temporalidades, entre el ideal del individuo y la organización social existente, crea lo que Zambrano denomina la "historia sacrificial": repetición cíclica del rito de violencia siempre que, en nombre de la defensa de un ideal histórico, se perpetúa la opresión de ciertos grupos y clases sociales, y se fragmenta la integridad de la vida personal. Según Zambrano, la historia occidental está marcada por el pecado del absolutismo. El término "absolutismo", aparte de referirse a un sistema político, es producto del fenómeno histórico-social al que Zambrano llama "endiosamiento": el que un elemento de la sociedad empiece a ocupar el lugar de una divinidad (supra)histórica, movilizándolo y monopolizando la energía social para perpetuar su dominio. El absolutismo es el resultado de un pacto diabólico de los individuos con el poder; pacto que mantiene oculta la diferencia entre los que gobiernan y los gobernados, recurriendo a una especie de mimetismo sacrificial, donde el que gobierna juega el papel del ídolo y los gobernados el de la víctima.

El tipo de democracia que fuera capaz de romper con el absolutismo occidental e interrumpir el ciclo de la historia sacrificial tendría que abolir la desigualdad social –término que, en Zambrano, sustituye la referencia a la lucha de clases de la tradición marxista–, a la vez que remontar el abismo que separa el individuo de la sociedad, la persona de la comunidad. El doble filo de la crisis del Occidente –la creciente desigualdad social, por un lado, y el vaciamiento semántico del concepto del individuo, por el otro– demanda la creación de un nuevo tipo de democracia. La democracia basada en la persona sustituiría a aquella basada en la noción del individuo, que siempre ha sido definido por su *diferencia*

¹² Véase: Benhabib, Seyla y Drucilla Cornell, Ed. *Feminism as Critique. On the Politics of Gender*. Minneapolis: U. of Minnesota Press, 1987.

¹³ Véase Laclau, Ernesto. *Emancipations*. London: Verso, 1996.

de la sociedad, u *oposición* al Estado. A diferencia del individuo, lo que define a la persona es aquello que, en la opinión de Zambrano, la sociedad y cada uno de sus miembros tienen en común: el hecho de tener pasado o historia, y de necesitar para su desarrollo un horizonte temporal en el que se juntan el pasado, el presente y el futuro. Escribe Zambrano en *Persona y democracia* que "el lugar de las cosas en la vida humana es el tiempo"(131). Por lo tanto, un equilibrio e interacción entre la conciencia del pasado social –lo que Hannah Arendt llama "memoria organizada"– y el desarrollo de la persona en la temporalidad, sería característica de una sociedad fiel al lema de la democracia personalista: "la democracia... es la sociedad en la cual no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona" (133). Esta definición de la democracia representa una modificación del momento inicial de la democracia, en el *polis* griego. Dentro del marco del *polis*, la conciencia individual y la democracia nacieron juntas, cuando el establecimiento de la autonomía individual (siempre que individuos fueran hombres de cierta clase social) afirmó el paralelo entre la ciudad como espacio de libre discusión y la conciencia como espacio de libertad individual: "[E]xiste una cierta analogía entre la ciudad y la conciencia. La ciudad vive en cada uno de los ciudadanos" (111).

La unidad del *polis*, que se basaba en la estructura semejante a las cajitas chinas, no es aplicable al mundo moderno carente de homogeneidad social, cultural o histórica. Para Zambrano, la historicidad y la temporalidad son símbolos de esa falta de homogeneidad en la relación del individuo con la sociedad y consigo mismo/a. Por lo tanto, la crisis de la democracia, en la que se juntan elementos de una crisis histórica de la auto-definición de las sociedades occidentales, y una crisis política cuyos síntomas son totalitarismo o individualismo exacerbado, demanda no sólo una nueva definición de la sociedad sino la formación de un nuevo sujeto social. Ese sujeto, para Zambrano, era *el pueblo*. El pueblo representa *una fusión de las características de un grupo social y de la persona(lidad)*:

"Decir pueblo es decir "ecce homo", mas no como individuo, sino en toda la complejidad y concreción del hombre en su tierra, en su tiempo, en su comunidad. La realidad de lo humano concreto, sin más. El *sustratum* de toda historia"(136).

El pueblo es parte a la vez que el todo: como parte representa un grupo o clase social que se diferencia de otros grupos o clases, como el todo se diferencia del individuo. Su identidad no es dada ni por la historia ni por el poder político, sino que es desarrollada en comunidad y en función del tiempo. El pueblo, como tal, ha existido "desde siempre" pero cuando aparece en la escena histórica, es para afirmar su presencia vigente: "Y es que al emerger el pueblo como realidad aparece como origen" (137).

Al afirmar un concepto de una democracia popular y personalista, Zambrano junta dos lecciones aprendidas en el exilio: una, inspirada por la Guerra Civil, sobre la creación de la historia como empresa comunal, y otra, inspirada por el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial, sobre la democracia como el nudo conflictivo de la cultura y civilización

occidental. De esa manera, su teoría política afirma su validez presente, ya que se enfrenta tanto con el problema de la identidad personal y nacional, como con los fundamentos de la presente globalización, occidentalización del mundo. La existencia del exilio, el resurgir de los nacionalismos, el replanteamiento de la identidad europea: éstas son tres de las múltiples razones por las que la reflexión zambranaiana sobre la democracia necesita ser repensada.